

—Podreis á lo menos consolarme y sostenerme.

El preso se sonrió tristemente.
—Yo soy el abate Faria, dijo, preso desde el año 1811, como ya sabeis, en el castillo de If; pero habia estado tres años encerrado en la fortaleza de Fenestrelles. En 1811 me transportaron desde el Piamonte á Francia. Entonces supe que la Providencia habia concedido á Napoleon un hijo, y que este hijo aun en la cuna habia sido nombrado rey de Roma. Estaba muy lejos de pensar lo que me habeis dicho: ¿quién reina actualmente en Francia? es acaso Napoleón II?—No, Luis XVIII!

—Luis XVIII, el hermano de Luis XVI! Oh! los decretos del cielo son estraños y misteriosos! Cuál habrá sido la intencion de la Providencia haciendo caer al hombre que habia elevado, y elevando al que habia hecho caer?

Dantés seguia con la vista á aquel hombre que olvidaba por un momento su propio destino para ocuparse de aquella manera de los destinos del mundo.

—Si, si, continuó, lo mismo que en Inglaterra; despues de Cárlos I, Cromwell; despues de Cromwell, Cárlos II, y tal vez despues de Jacobo II algun yerno, algun pariente, algun principe de Orange, algun *stakeholder* se hará rey, y á eso seguirian nuevas concesiones al pueblo, una constitucion y al fin la libertad. Ya vereis cómo sucede eso, joven, dijo volviéndose hácia Dantés; y mirándolo con una mirada profunda y en la que brillaba una profética inspiracion: aun tenéis edad para alcanzarlo: os repito que vereis eso.

—Si, si salgo de aqui.

—Ah! tenéis razon, dijo el abate Faria, estamos presos: hay momentos en que todo lo olvido, y en que me creo libre, penetrando mi vista al través de esos muros que me encierran.

—Pero por qué estais encerrado vos?

—Yo? porque he sonado en 1807 el proyecto que Napoleón ha querido realizar en 1811; porque como Maquiavelo, en lugar de todos esos principillos que hacian de la Italia un nido de reinucillos tiránicos y débiles, he querido un reino solo, grande y fuerte; porque he creído encontrar á mi Cesar Borgia en un sandio con diadema, que ha afectado comprenderme para venderme despues con mas facilidad. Tal era el proyecto de Alejandro VI y de Clemente VII; siempre se frustrará, porque lo han intentado en vano, y porque Napoleón no pudo concluirlo: decididamente la Italia es un pais maldito. Y el anciano inclinó la cabeza.

Dantés no comprendia cómo podía un hombre arriesgar su vida por semejantes intereses: es verdad que si conocia á Napoleón por haberlo visto y hablado, ignoraba completamente quiénes eran Clemente VII y Alejandro VI.

—No sois vos, dijo Dantés empezando á participar de la opinion de su carcelero, que era la opinion general del castillo de If, el sacerdote... que creen... enfermo?

—Que creen loco, queréis decir, no es así?

No me atrevia á decirlo, replicó Dantés sonriéndose.

—Sí, sí, continuó Faria con amarga risa; sí, yo soy el que pasa por loco; yo soy el que divierte hace tanto tiempo á los huéspedes de esta prision, y el que serviria tambien de diversion á los niños si pudiera haber niños en la morada del dolor sin esperanza...

Dantés se quedó mudo é inmóvil.

—Así, pues, renunciáis á la esperanza de huir. ¿le dijo.

—Sí, porque veo que es imposible la fuga; es su-
blevarse contra Dios el querer intentar una cosa que Dios
no quiere que se cumpla.

—Por qué desanimaros? tambien sería mucho exigir

de la Providencia esperar que tuviese buen éxito la primera tentativa! no podeis volver á empezar en otra direccion lo que habeis hecho hasta aqui?

—Pero acaso sabeis lo que he hecho, para haber de volver á empezar? sabeis que he necesitado cuatro años para hacer los instrumentos que poseo? que hace dos años que estoy cavando y derribando una tierra tan dura como el granito? que he pasado dias enteros entregado á ese trabajo titánico, y que varias veces por la noche me creía yo muy feliz cuando habia arrancado un puñado de ese cimiento casi tan duro como la piedra? sabeis que para ocultar toda esa tierra y todos esos cantos he necesitado horadar la bóveda de una escalera, en la cual han sido sepultados todos los escombros, que ahora la bóveda está llena, y yo no sé dónde colocar un puñado de polvo? sabeis que ya creía haber llegado al fin de todos mis trabajos, que sentia en mí precisamente la fuerza necesaria para acabar esa tarea, y que ahora no solo aleja Dios ese fin, sino que le trasporta no sé dónde? Ah! os lo digo, os lo repito, nada haré para recobrar mi libertad, puesto que la voluntad de Dios ha sido privarme de ella para siempre.

Edmundo bajó la cabeza para no confesar á aquel hombre que la alegría de tener un compañero le impedia compartir como debiera el dolor que experimentaba el preso de no haber podido salvarse. El abate Faria se dejó caer sobre la cama de Edmundo, y Edmundo permaneció de pie. El jóven no habia pensado en la fuga. Hay ciertas cosas que parecen de tal modo imposibles, que ni siquiera piensa uno intentarlas. Cavar cincuenta pies debajo de tierra, consagrar á esta operacion un trabajo de tres años para llegar, librando bien, á un abismo peligroso, rodeado de rocas y batido por el mar; precipitarse de cincuenta, de sesenta, de cien pies de alto, tal vez para estrellarse al

caer contra alguna roca, si la bala de los centinelas no los ha muerto antes; verse obligado, si se salva uno de tales peligros, á atravesar á nado una legua, oh! esto era demasiado para resignarse á ello, y ya hemos visto que Dantès habia renunciado á toda esperanza.

Pero ahora que el jóven habia visto á un anciano exponer su vida con tanta energía, y darle ejemplo de resoluciones desesperadas, se puso á reflexionar y á medir su valor. Otro habia intentado lo que no tuvo siquiera la idea de hacer; otro, menos jóven, menos fuerte, menos diestro que él, se habia procurado á fuerza de habilidad y de paciencia todos los instrumentos que necesitara para aquella increíble operacion; cuando otro habia hecho aquello, no le era imposible hacerlo á Dantès; Faria habia profundizado cincuenta pies; él profundizaria ciento. Faria á los cincuenta años habia gastado tres en su obra; él no tenia mas que la mitad de la edad de Faria; pues bien, él invertiria dos. Faria, abate, sábio sacerdote, no habia temido arriesgarse á hacer la travesia desde el castillo de If á la isla de Daumie, de Ratoneau ó de Lamaire; pues él Edmundo el marino, Dantès el hábil buzo, que tantas veces habia ido á buscar una rama de coral al fondo del mar, ¿vacilaria en atravesar á nado una legua? ¿Qué necesitará para andar á nado una legua? Una hora. Y bien! no habia estado él mismo mil veces horas enteras en el mar sin hacer pie ni una vez siquiera en la ribera? No, no; Dantès no tenia necesidad mas que de ser estimulado por un ejemplo. Lo que otro hiciese ó hubiese hecho lo haria él tambien.

El jóven reflexionó un instante.

—Ya he encontrado lo que vos buscáis, dijo al anciano.

Faria se estremeciò.

—Vos! dijo, levantando la cabeza con un aire que indicaba que si decía la verdad, la desanimacion de su compañero no duraria mucho; vos: veamos qué habeis encontrado?

—El corredor que habeis atravesado para venir desde vuestro cuarto se estiende en la misma direccion que la galeria exterior, no es asi?

—Si.

—Lo mas que está retirado es unos quince pies.

—Todo lo mas.

—Pues bien! hácia la mitad del corredor hacemos un camino en forma de cruz; esta vez tomais mejor vuestras medidas; desembocamos en la galeria exterior, matamos al centinela, y huimos. Para que ese plan tenga buen éxito no se necesita mas que valor: vos lo teneis, vigor no me falta: no hablo de paciencia, porque ya habeis hecho vos vuestras pruebas, y yo haré las mias.

—Un momento, respondió el abate; vos no sabeis, querido compañero mio, de qué especie es mi valor, y qué empleo quiero hacer de mis fuerzas; en cuanto á la paciencia, me parece haber tenido bastante trabajando noche y dia; pero entonces, escuchadme bien, jöven, era porque pensaba que servia á Dios libertando á una de sus criaturas, que siendo inocente, no podia ser condenada.

—Y bien! preguntó Dantés! no se halla la cosa en el mismo punto, ò os teneis por culpable desde que me habeis encontrado?

—No, pero no quiero llegar á serlo; hasta aquí yo no creia tener que luchar mas que con las cosas, y me proponéis luchar con los hombres. Yo he podido muy bien atravesar una pared y destruir una escalera, pero no atravesaré un pecho y no destruiré una existencia.

Dantés hizo un ligero movimiento de sorpresa.

—Cómo! pudiendo libraros no lo hariais por semejante escrúpulo!

—Pero vos mismo, dijo Faria, ¿por qué no habeis asesinado una noche á vuestro carcelero con el banquillo de la cama, os habeis puesto sus vestidos, y os habeis escapado?

—Porque no me ha ocurrido esta idea, dijo Dantés.

—Porque teneis un horror tan instintivo á semejante crimen, que ni siquiera habeis pensado en ello, replicó el anciano; porque en las cosas sencillas y permitidas, nuestros instintos naturales nos advierten que no traspasamos a línea de nuestro derecho. El tigre que derrama la sangre por naturaleza, no necesita sino que su olfato le advierta dónde se halla una presa: al punto salta sobre ella y la despedaza; tal es su instinto, y él le obedece; pero al hombre, al contrario, le repugna la sangre; no son las leyes sociales las que condenan el asesinato, son las leyes naturales las que le rechazan.

Dantés se quedó confundido; tal vez era esta en efecto la esplicacion de lo que, sin saberlo, habia pasado en su espíritu ó mas bien en su alma, porque hay pensamientos que nacen de la cabeza y otros que nacen del corazon.

—Y además, continuó Faria, al cabo de doce años que estoy preso, hé repasado en mi memoria todas las evaciones célebres, y no he visto que hayan tenido buen éxito las violentas. Las evaciones felices son las meditadas con cuidado y dispuestas con calma: asi es como se escapó de Vincennes el duque de Beaufort, del fuerte L' Eveque el abaté Dubuquoi, y Latude de la Bastilla. Tambien hay las que puede ofrecer la casualidad; estas son las mejores: esperamos una ocasion, creedme, y si se presenta, aprovechémosla.

—Vos habeis podido esperar, dijo Dantés suspirando;

ese largo trabajo os ocupaba casi siempre; y cuando vos no teniais vuestro trabajo para distraeros, teniais vuestras espe ranzas para consolaros.

—Es verdad, dijo el abate sonriendo: pero no me ocupaba eso solamente.

—Pues qué haciais?

—Escribia ó estudiaba.

—Os dan acaso papel, pluma y tinta?

—No; pero yo me los he procurado.

—Vos haceis papel, pluma y tinta! exclamó Dantés.

—Sí.

Edmundo miró á aquel hombre con admiracion; pero con dificultad le daba crédito. Faria notó esta ligera duda.

—Cuando vengais á mi cuarto, le dijo, os enseñaré una obra completa, resultado de los pensamientos y de las reflexiones de toda mi vida, que ya habia meditado á la sombra del Coliseo en Roma, al pie de la columna de San Marcos en Venecia, en las orillas del Arno en Florencia, y últimamente entre cuatro paredes en el castillo de If. Es un *tratado acerca de la posibilidad de una monarquía general en Italia*. Formará un tomo grueso en cuarto.

—Y lo habeis escrito?

—En dos camisas. He inventado una preparacion que deja el lienzo tan liso y unido como el pergamino.

—Sois tambien químico?

—Un poco. He conocido á Lavoisier, y he tenido estrechas relaciones con Cabanis.

—Pero para esa obra habeis necesitado buscar algunos apuntes históricos. Teniais libros?

—En Roma tenia unos cinco mil volúmenes en mi biblioteca. A fuerza de leerlos y volverlos á leer, he descu-

bierto que con cincuenta obras bien elegidas, se tiene, si no el resúmen completo de los conocimientos humanos, al menos lo que es útil que sepa el hombre. Como ya os he dicho, á fuerza de leer esos volúmenes ya los sabia casi de memoria cuando fui preso. En mi prision me acordé de todo, solo con un ligero esfuerzo de memoria. Asi, pues, podria muy bien citaros á Thucydides, á Xenophonte, Plutarco, Tito Libio, Tácito, Strada, Jornandés, Montagne, Shakspeare, Spinoza, Maquiavelo y Bossuet. Solo os cito los mas importantes.

—Pero sabeis muchos idiomas?

—Hablo cinco lenguas: el aleman, el francés, el italiano, el inglés y el español; ayudado por el griego antiguo comprendo el griego moderno: lo hablo mal; pero lo estoy estudiando ahora.

—Lo estudiáis? dijo Dantés.

—Sí; he hecho un vocabulario de las palabras que sé: las he dispuesto y combinado de manera que me puedan servir para espresar mi pensamiento. Sé como unas mil palabras: en rigor es todo lo que necesito, aunque haya cien mil en el diccionario. No será muy elocuente; pero haré que me entiendan bien, y me basta.

Cada vez mas asombrado, Edmundo empezaba á encontrar casi sobrenaturales las facultades de aquel hombre extraño: quiso cojerlo en algo, y continuó:

—Pero si no os han dado plumas, con qué habeis podido escribir ese tratado tan voluminoso?

—Yo las he hecho excelentes, y que se preferirian á las plumas ordinarias si fuese conocida la materia: con los cartilagos de las cabezas de esas enormes merluzas que nos sirven algunas veces en los dias de vigilia. Asi, pues, siempre veo llegar con placer los miércoles, viernes y sábados, porque me proporcionan el que aumente mi pro-

Prácula Cat. Manuel Catarrecha
Prácula Cat. Manuel Catarrecha
Prácula Cat. Manuel Catarrecha

Edmundo
Manuel

